

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno á las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo. Ó porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad; ó más bien, según yo creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto, que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles; yo ni aun esto encuentro en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa, pero menos literariamente ocupados. El libro, no obstante, debió de tener aceptación entre las gentes piadosas; la Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave*, y el aprobante del libro

*Arauco domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile. En Madrid, Fr. Juan de la Cuesta, 1605, 8.º* No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay dos reimpressiones modernas del poema de Pedro de Oña; la una de Valparaíso, 1849, en 16.º, por D. Juan María Gutiérrez, y otra de Madrid, en 1854; en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poeta chileno es el que incluyó don Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (Buenos Aires, 1865). Otro estudio más breve que acompaña á su reimpression del poema, fué objeto de un plagio en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

fué no menos que D. Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio historial, medio alegórico, intervinendo en la acción personajes tan extraños como *El tedio* y *El qué dirán*. Tiene doce cantos y acaba prometiendo una segunda parte que por fortuna no vino á acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura (1).

El mérito relativo del *Arauco domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña, y todavía más con los otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, D. Diego de Santisteban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente de la publicación del *Arauco* en Lima, y, por supuesto, sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta y Quinta Parte de La Araucana, en que se prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle* (2).

(1) *El Ignacio de Cantabria. Primera parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra, año de 1639, 4.º*

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica que conocemos de Pedro de Oña, es á saber: la *Canción Real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima, que habla con el Tíbre de Roma*. Está en la segunda edición de la *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fr. Francisco Solano*, por Fr. Alonso de Mendieta (1643). En medio de las lobregueces del culturanismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco domado*, en éste que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos ya á encontrar noticia de su persona.

(2) La primera edición de estas dos partes, *dirigida á D. Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba*, es de Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.º—Fueron reimpresas en Barcelona por Joan Amello, 1598, y figuran unidas á las tres de Ercilla en una sola edición de

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte; el autor nos informa de que tenía «pocos años», y confiesa, además, con loable y verídica modestia que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. Ni el autor había estado en América ni la conocía más que por los libros, ó hablando más propiamente, por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente: inventando, por ejemplo, un Caupolicán 2.º, sucesor del Caupolicán 1.º, haciendo á Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia, y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia á contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán 2.º, que le había dado pie para tantos desvaríos. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con la insensatez del plan. Únicamente ha de

*La Araucana*, la de Madrid, 1735, por Francisco Martínez Abad, en folio, la cual por esta circunstancia es bastante estimada entre los bibliófilos.

Santisteban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda parte de las guerras de Malta, y toma de Rodas*.... Madrid, en la Imprenta del Ldo. Varez de Castro. La primera parte consta de doce cantos, y la segunda de trece.

notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aventuras apócrifas que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo, y el capitán Hernando Alvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero á decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, poco importan para la crítica literaria y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza era un aventurero que desde la edad de quince años, en que pasó al Nuevo Mundo, había tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales; ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río de San Jorge, viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo en los trozos en que es mejor.

Entre un muelle de peñas temerario,  
Donde de nácar tiene la urna viva,  
Sale el sagrado viejo solitario  
Y setecientas leguas se deriva:  
Cruza sobre su frente de ordinario  
La grande cordillera fugitiva,

Que tiene, según fama, las espaldas  
Lastradas de oro fino y esmeraldas.

En el discurso desto, ¡qué de cosas  
Difíciles pasé, cuántas montañas  
De arcabucos rompí maravillosas!  
Pues ¡qué yerros pasé, pues qué campañas!  
¡Qué empresas no emprendí dificultosas!  
¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,  
Que al fin se quedó atrás el pensamiento;  
Que lo excedió el humano atrevimiento!

Las venas vi y profundos tragaderos  
Del cuerpo de que todos somos hijos;  
Los secretos del mar respiraderos  
Que salen por conductos y escondrijos;  
Los negros, infernales sumideros  
Que el azufrado fuego brotan fijos,  
Y otras mil extrañezas que en sí encierra  
Aquesta casa grande de la tierra.

Viboras de corales vi funestas,  
Sierpes de cascabeles sonadores,  
La *icotea* que la casa lleva á cuestras,  
Los nietos de Saturno burladores,  
Los grasos semibueyes nadadores,  
El *perico* enemigo de las cuestras,  
Los micos que al pasarlas hacen sogas,  
Y el lagarto que el agua nunca ahoga.

Sin estas animalias, vi infinitas  
De tales calidades y figura,  
Que no pudo dejallas Plinio escritas,  
Porque ignoró su forma y su hechura;  
Las siete maravillas exquisitas,  
De quien la fama antigua tanto cura,  
Ya es vano exagerallas ni escribillas  
Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas pasó al Perú, y de allí á Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba un poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título, ni otro alguno, ni el nombre de su autor constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado (1). En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos en gran parte desastrosos de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, «describense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que, por más belicosas, han sustentado las guerras; los modos que en gobernarse tienen, y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba». En el

(1) Tiene en las tapas las armas de la reina D.<sup>a</sup> Mariana de Austria, y por consiguiente, es muy verosímil que pertenezca al fondo primitivo de la biblioteca, procedente de Palacio, y sea distinto del que Barcia tuvo en su librería, y cita como de autor anónimo, en las adiciones á Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada á Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuido este poema al Dr. Luis Merlo de la Fuente, gobernador ó presidente interino que fué en Chile; pero el Sr. Medina, y á nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para don Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico, por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Monteagudo, publicado con introducción, notas é ilustraciones, por J. Medina*. (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una *Colección de Poemas Épicas relativos á Chile, ó escritos por chilenos durante el período colonial*, que por las vicisitudes políticas de aquel país ha quedado interrumpida.

canto segundo prosíguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y por lo general, noble y decorosa: el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da á la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la india Guaiquimilla es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile. En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo xvii, y aunque la versificación no corra siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso á la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta, y aun incompleta en algunas partes.

Pero tal como está, el poema atribuido á D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Álvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó á Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como declaran estos versos suyos:

«Tuve, tengo y tendré constante pecho:  
Infortunios he visto y tempestades  
En el mar de Noruega y paso estrecho;  
Muertes, naufragios, espantables guerras  
En partes varias y en remotas tierras.»

(Canto xvi.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué á un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego amplio desquite; y bravo

combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcanzan hasta 1631, en que aparece otorgado su codicilo testamentario.

Parece probado que Álvarez de Toledo escribió no uno sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén*, nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes á aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores á la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén indómito*. Al parecer, todo el libro vi de la *Historia relación*, de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en sustancia de *La Araucana*, de Alvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

Porque, en efecto, el *Purén indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que *La Araucana* y el *Purén* segundo «tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos, ó el fabuloso autor del *Ramayana*, excedieron en fecundidad épica al capitán Alvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por un tan gran poeta como Ercilla, y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso

por principal modelo el autor del *Purén*, según declaran estos versos suyos:

«Si de vuestro favor yo careciera,  
Y en él no confiara cual confío,  
No pasara tras de Oña la carrera  
En un rocín tan flaco como el mío.....»

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homónimas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay por qué contradecirle) que es «pobre, humilde, bajo y escaso de elegancia». Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa épica* nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:

«Pero como es historia verdadera  
No lleva cuento ó fábula de amores,  
Porque de la verdad patente y pura  
Es con lo que se adorna mi escritura.....  
.....  
Que yo lo he visto bien, y soy testigo.  
.....  
Porque ha de ser de todo el coronista,  
Testigo de gran crédito y de vista.  
.....  
Por lo cual digo en esto haberme hallado,  
Y en todo ó en lo más que ha sucedido,  
Y de lo que no he visto, me he informado  
De gente de verdad y que lo vido.....»

Á tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones,

nada tiene que objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén indómito* está considerado como fuente principal para un periodo de la historia de Chile, y encierra además muy curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y en guerra con los colonos. Á diferencia de los otros poetas de Arauco, sigue su autor el hilo de la narración escueta, y no se distrae jamás á digresiones ni episodios amorosos:

«Pues tengo en el principio prometido  
De no contar hazañas de Cupido.»

En cambio llena el poema de insulsas reflexiones morales, que acaban de hacer tediosa y aun imposible su lectura (1).

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno á Hernán Alvarez de Toledo. Fué éste el capitán Melchor Xufré del Aguila, natural de la villa de Madrid, el cual en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo ejemplar. Tiene por título: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey destos*

(1) El *Purén indómito*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, ha sido impreso en París, 1861, bajo la dirección de don Diego Barros Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana. Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique*, del editor A. Franck.

*Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile* (1). Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Dr. Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en la guerra de Chile, desde 1606 á 1628, dando cuenta á su amigo Xufre de los sucesos de su gobernación. El capitán Xufre había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima, pobre y mal pagado, ocupando su «ociosa soledad» en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo; pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Como no le hemos visto, no sabemos si está todo él en verso, ó si hay una parte en prosa, como parece inferirse de las noticias de Gayangos, quien añade que la parte relativa á la guerra de los araucanos tiene forma de diálogo entre Gustoquio, capitán en Flandes, y Provector, alférez chileno, los cuales habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reunen para platicar de asuntos militares. De qué calidad serán los versos *historiales* de Xufre del Aguila, júzguese por la siguiente muestra, que transcribe el mismo erudito:

«Hallábame yo en Lima en este tiempo  
Con una lanza sola, que pagada  
Los menos años es, y della poco;  
Y procurando merecer mayor  
Merced de nuestro Rey, quise á mi costa  
Á aquella empresa ir do fui ofrecido,  
Y sin querer tomar socorro alguno

(1) El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido hace años por D. Pascual de Gayangos á mister Lennox, y hoy para en la Biblioteca pública de Boston. No sabemos de él más que lo que el mismo Gayangos dice en sus notas á Ticknor (tomo III, pág. 472). Xufre del Aguila había escrito además un *Tratado de cosas admirables del Perú*.

O paga (que hasta hoy un solo pesso  
Ni un maravedí solo he recibido  
De paga real), habiendo en su servicio  
Gastado más millares de ducados  
Que tengo, á Chile fui de aventurero;  
Mas no penséis que he de dezir por esto  
Nada con más espacio, aunque de vista  
De casi quarenta años soy testigo.  
En fin, con esta gente el de noventa,  
Á veinte y seys de Enero, allí aportamos.»

Puede decirse que á este ciclo de poemas históricos se reduce la literatura de la colonia durante dos siglos. Fuera de ellos apenas pueden citarse más que dos obras de carácter literario, inspiradas también por sucesos de la guerra araucana y que contienen algunos versos: un libro de memorias y una especie de novela: el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, del maestre de campo D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chillán; y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*, de Fr. Juan de Barrenechea y Albis. El libro de Bascuñán es la narración muy agradable, interesante y simpática de los siete meses de cautiverio que en su juventud (1629), siendo capitán, pasó en poder del honradísimo cacique Maulicán, cuyos buenos sentimientos competían con los de su caballeroso prisionero. Este libro, escrito con tanta sinceridad como nobleza, tiene más poesía verdadera en algunas escenas, por ejemplo, la vuelta del cautivo á los brazos de su padre (viejo heroico y digno de la epopeya) que casi todos los poemas que llevamos analizados hasta ahora. Bascuñán, que había recibido educación clásica en un colegio de jesuitas, entretenía los ocios de su cautividad en composiciones poéticas, esti-

mables por la naturalidad y el sentimiento, de las cuales en sus memorias intercala algunas muestras. Al cacique que le aprisionó dirige un romance, que es manifiesta imitación de uno de los más célebres de Góngora:

«En la guerra batallando,  
Mal herido en el combate,  
Desmayado y sin sentido,  
Confieso me cautivaste.  
La fortuna me fué adversa,  
Si bien no quiero quejarme  
Cuando tengo en ti un escudo  
Para mi defensa grande.  
En la batalla adquiriste  
Nombre de esforzado Marte,  
Y hoy con tu cortés agrado  
Eternizarás tu sangre.....  
Cautivo y preso me tienes  
Por tu esfuerzo, no es dudable ;  
Mas con tu piadoso celo,  
Más veces me aprisionaste.  
Mas podré decir que he sido  
Feliz cautivo en hallarme  
Sujeto á tus nobles prendas,  
Que son de tu ser esmalte..... »

Otros romances tiene muy recomendables por la afectuosa resignación y piedad sencilla; verbigracia:

«Gracias os doy infinitas,  
Señor del empireo cielo,  
Pues permitis que un mal hombre  
Humilde amanezca á veros.  
En este pequeño bosque,  
Las rodillas por el suelo,  
Los ojos puestos en alto,  
Vuestra grandeza contemplo.  
Consolado y afligido  
Ante vos, Señor, parezco :  
Afligido con mi culpa,

Consolado, porque os temo.  
Diversos son mis discursos,  
Varios son mis pensamientos,  
Y luchando unos con otros  
Es la victoria por tiempos.  
La naturaleza flaca  
Está siempre con recelos  
De los peligros que el alma  
Tiene entre tantos tropiezos.  
El espíritu se goza  
En medio de mis tormentos,  
Porque es docta disciplina  
Que encamina á los despiertos.....  
Trabajos y adversidades  
Entre inconstancias del tiempo  
Padezco con mucho gusto  
En este feliz destierro.  
En mí las tribulaciones  
Han sido un tirante freno  
Que ha encadenado mis pasos  
Y refrenado mis yerros.....  
Vos, Señor, sois mi refugio,  
Vos sois todo mi consuelo,  
Vos de mi gusto la cárcel,  
Vos mi feliz cautiverio.  
Lo que os suplico rendido,  
Lo que postrado os ruego,  
Es que encaminéis mis pasos  
Á lo que es servicio vuestro.  
Que si conviene que muera  
En esta prisión que tengo,  
La vida que me acompaña  
Con mucho gusto la ofrezco.  
En vuestras manos, Señor,  
Pongo todos mis aciertos,  
Que nunca tan bien logrados  
Como cuando estáis con ellos.»

No hay en los versos de Bascuñán notable entonación poética, pero sí una sencillez grande, que contrasta con el gusto del siglo xvii, ya muy entrado cuando él escribía. La distancia, el cautiverio, el ningún propósito de